

la han enseñado, que solo siguiendo el principio que se formó en el seno de la barbarie por la revolucion moral producida en nuestra facultad de sentir, pueden ser sus escritores originales y sublimes: pero sus escritores no escucharon sus acentos; y el espíritu humano fué conducido entonces por una fuerza de retrogradacion. Los filósofos fueron los primeros que dieron este impulso á la marcha de nuestro entendimiento: los poetas se resintieron de este impulso, que se manifestó despues en todas sus producciones. De este modo, el espíritu humano, que, cuando renacieron las letras, se mostró constante en su marcha y uniforme en todos sus movimientos, presentó, cuando apenas brillaba la antorcha de la filosofia, el desnivel absoluto de todas sus facultades.

En Inglaterra nace con Bacon en el siglo xvi la filosofia de las sensaciones: Loke la reduce á principios, y forma de ella un sistema, que tímido y modesto en sus escritos, pasa á los de Condillac para popularizarse y estenderse, y de estos á los de Helvecio para desfigurarse y delirar. Este sistema es absurdo, porque todo en él es fijo, cuando todo en el hombre es vago: es estéril, porque consistiendo solo en hechos, los hechos solo se prueban á sí mismos: es insuficiente para esplicar la genealogia de todas nuestras ideas, porque siendo las sensaciones que analiza fijas y determinadas, no pueden explicarse por ellas las ideas, que tienen un caracter de indecision y vaguedad: es contrario, en fin, al principio de reconcentracion dentro de nosotros; porque naciendo en él todo el origen de nuestros conocimientos de las impresiones recibidas por los cuerpos exteriores, nos lanza de nuestro *yo moral* á todo lo que nos rodea.

Desde el nacimiento de esta filosofia, todo es agitacion, todo es disputa en el seno de la Europa. Hobbes, en el mas consiguiente y monstruoso de todos los sistemas, será el primero que niegue la existencia de Dios, citando de continuo la Escritura, y el único tan imprudente, que se atreva á dar el nombre de impiedad á su creencia, mostrandose así digno maestro de Spinoza. Montaigne asentará con su indiferencia filosófica las bases del escepticismo que Baile profesará mas adelante.

Newton, el genio mas grande que ha producido la naturaleza, se

lanzará en medio de los mundos, y descubrirá las leyes que los rigen en sus revoluciones. Mientras que los filósofos sensualistas solo conciben al hombre como material y fisico, Leibnitz espiritualizará el mundo llenándole de *monadas*: y mientras que la filosofia empirica presenta al hombre rodeado de la materia, que por todas partes le comprime y le limita, el gran Pascal le considerará como un punto entre dos eternidades. Esta epoca, que es de oscilacion y de lucha en el mundo filosófico, lo es tambien en el mundo literario. El siglo xvi no produjo entre nosotros sino bellos imitadores de la antigüedad y de la Italia. El dulce Garcilaso engalanó la musa ibera con los gemidos de su lira: el divino Leon supo elevarse alguna vez á la sublimidad de Horacio con la sencillez encantadora de sus fáciles acentos: y el inmortal Herrera, elevando su vuelo sobre todos, imprimió en la lira castellana el caracter de su elevacion y su grandeza. No seré yo el que con voz impia quiera manchar el lustre de tan grandes escritores: pero permitase gemir á un amante de su patria, cuando la mira conducida solo en alas de la imitacion al templo de la gloria. ¿Y en qué siglo, Señores? En el mismo en que Tasso habia cantado los nombres de Bouillon y de Tancredo; y en el mismo en que Shakespeare hacia brillar el puñal de Melpomene en la escena de Inglaterra, con un brillo que durará tanto como su nombre y como el tiempo: en vano buscareis en ningun escritor un conocimiento tan profundo del corazon humano, ni una pintura de una verdad tan espantosa en los grandes caracteres: Shakespeare será la desesperacion de todos los que se atrevan á imitarle. Pero España levantará su frente al fin, y se ostentará grande y sublime en medio de la Europa, que admirará sus producciones. Si en el siglo xvi ella se ciñe con las flores caducas nacidas en la Italia, en el siglo xvii se corona con las flores brillantes nacidas en su seno: si en aquel ha recorrido con lustre el campo de la imitacion, en este recorrerá con mas lustre todavia el campo de la originalidad. Góngora, cuando no delira, se viste con toda la pompa oriental de la musa castellana: Lope traza un surco de luz en todo el dominio de las musas, conducido por la estension espantosa de su genio: y Calderon en fin, se levanta como un gigante que todo lo ocupa con su nombre, y apoderan

dose de la escena española, la eleva con su robusta mano al nivel de la que espira en Inglaterra y la que vá á nacer en Alemania. Así se presenta la musa española en el siglo xvii bañada de esplendor, de majestad y bizarría: el artificio no envilece sus facciones: ella es inculta y salvaje, porque es inculta y salvaje la naturaleza.

Loor eterno al filósofo modesto y metafísico profundo que levantando su frente en medio de la superficialidad que le rodea, ha merecido bien de las musas castellanas, juzgándolas con la fuerza irresistible de su razon y la solidez que acompaña á su talento: el nombre del señor don Agustin Durán estará grabado en el corazon de todos los buenos españoles, como lo está de un modo indecible en el de todos sus amigos, que se gozan con su saber, y se honran con sus virtudes.

El siglo xvii, que fué en España el de la originalidad y la grandeza, fué en Francia el de la grandeza sin la originalidad; y es necesario que confesemos, señores, que si el laurel debido á los que imitan, puede ser igual en algun caso al que merecen los que inventan, jamás ningun escritor fué tan digno de refrescar sus sienes con sus ramas, como el que supo pintar con toda la fuerza de la verdad y los colores de la poesía el sublime gemido de la desgraciada Andromaca, y el doloroso acento de Fedra criminal. Racine imitando á Sofocles y á Euripides, logró esceder á sus modelos: Molière escedió en la comedia clásica á todos los clásicos griegos y latinos; y La Fontaine revistiendo el apólogo con las suaves tintas de su candor y su naturalidad, le presentó al mundo literario revestido al mismo tiempo con una delicadeza y elegancia desconocidas hasta entonces. Boileau, en fin, declarándose el órgano de la naturaleza, y el sucesor del sábio de Stagira, dió á la Francia los preceptos del buen gusto, y llamó á todos los escritores y á todos sus escritos para ser juzgados en su inexorable tribunal. ¿Y cómo la nacion, que ya llenaba la Europa con su nombre, no supo imprimir el carácter de sus costumbres y de sus necesidades en todas sus producciones? ¿Eran aquellas tal vez las mismas que las de los griegos que imitaron? No, señores; la Francia tenia las mismas necesidades que el resto de la Europa, porque la Francia, como

ella, habia estado sumergida en la barbarie; pero habiéndose enriquecido con el estudio de la antigüedad los grandes escritores que en aquel siglo la ilustraron, antes que pudieran desenvolverse y declararse en su seno sus necesidades morales, se crearon unas necesidades facticias que trasladaron á sus escritos, y con ellos á su patria, que recibiendo su impulso marchó con su misma direccion.

Tal es el bosquejo del cuadro que presenta la Europa desde el renacimiento de las letras hasta la época que acabo de recorrer. Todas las verdades son en ella problemáticas: todos los errores se sostienen: todas las contradicciones germinan en su seno; y el espíritu humano aunque se agita, parece que ha cesado de marchar. Pero esta lucha, esta oscilacion, este movimiento anuncian que el siglo de las revoluciones se acerca. Y levanta en fin, su frente el siglo xviii, y estendiéndose el eco de su voz por toda la duracion de los tiempos, llama á juicio los siglos que pasaron, para que oigan su sentencia los siglos que serán. ¿Qué circunstancias favorecieron á este siglo para juzgar á los siglos anteriores? ¿Y qué circunstancias le fueron contrarias para acertar en sus juicios? Voy á presentar unas y otras á vuestra consideracion.

Un siglo solo puede ser juez de los demás, cuando reúne en un solo punto todas las fuerzas que el espíritu humano ha podido adquirir. Francia es este punto en el siglo xviii. Las ciencias y las artes solo progresan en el seno de la consideracion y la abundancia: nunca los filósofos fueron tan considerados como en este siglo, y en ninguno como en él se premiaron los talentos. Es necesario el conocimiento de todas las opiniones anteriores para poderlas juzgar: todas ellas eran conocidas de los filósofos franceses. Se necesitan hombres, que reuniendo á la vez el conocimiento de las artes y el conocimiento de las ciencias, hayan adquirido aquella razon universal, que abrazando en toda su estension el sistema de los conocimientos humanos, pueda, como desde una altura, pesar en su balanza todas las opiniones que agitan á los hombres, y todos los errores que abrigan en su seno. Jamás ninguna nacion ni ningun siglo miró filósofos tan profundos ni tan célebres artistas. Si esto es bastante para el progreso de las luces, es necesario para que puedan esten-

derse, que el pueblo en que se cultivan, llame la atención de las naciones que le rodean: la Francia del siglo de Luis XV había heredado el lustre de las brillantes victorias del siglo de Luis XIV, y vistiéndose con todo su esplendor, se coronaba con todos sus laureles. El espíritu de sociedad y de cultura, parece que se había reposado en su seno para siempre: y toda la Europa fijaba su atención sobre este pueblo que el genio de las artes coronaba, y el genio de la guerra conducía.

Tales son las circunstancias, que reunidas todas en un siglo, debieron elevarle sobre todos los que le precedieron. Si ellas hubieran existido solas, el espíritu humano hubiera marchado con un paso de gigante en la carrera de su perfección; pero circunstancias fatales le detuvieron en su marcha, y oponiendo su poderosa influencia al impulso de las que le favorecían, le hicieron en vez del primero entre los siglos de las luces, el primero entre los siglos de las revoluciones.

El espíritu filosófico es por su naturaleza independiente: cuando la razón no es la sola que preside en materias de razón, ella es nula en sus progresos. Los filósofos de Francia, reuniéndose entre sí, perdieron las cualidades que los distinguían unos de otros, y solo conservaron aquellas en que sus distintos caracteres se tocaban: desde este momento, la razón de cada uno de ellos estuvo sujeta á la razón de todos; y en vez del espíritu de individuo, se formó un espíritu de cuerpo, que ocupando el lugar de la razón, empezó entonces á presidir en sus juicios. Sus reuniones se formaron en el seno de las sociedades más brillantes de París, y adoptando su gusto y sus maneras, el espíritu de cuerpo, que era el solo que conservaban, se perdió en el espíritu de sociedad, que fué siempre funesto para la razón y la filosofía. Entonces todos sus escritos presentaron la asociación monstruosa de la puerilidad del gran mundo y de la grandeza de sus autores, los cuales dejaron muy pronto de tenerla en medio de la atmósfera de superficialidad que los cercaba. Uno solo, lanzándose del seno de los hombres al centro de su corazón, y del torbellino de las sociedades al silencio de la naturaleza, supo trazarse el camino de la originalidad, atacando de frente las

opiniones de su siglo: el filósofo de Ginebra, con menos erudición y quizás menos talento que casi todos los filósofos franceses, pudo elevarse á su nivel, inspirado por el genio de la soledad y de la melancolía. La Francia asombrada de ver á un hombre, que sin respeto á la opinión pensaba por sí mismo, se prosternó como ante un Dios ante los pies del filósofo extranjero: la posteridad más justa, porque es más sabia, solo le ha concedido el título del más terrible, como el más seductor y elocuente de todos los sofistas. Tal es ese siglo brillante en el cual se hallaron reunidos todos los errores y todas las verdades, todos los crímenes y todas las virtudes. Vosotros habéis visto las circunstancias que le favorecían para ser el siglo de la ilustración, y las que con su poderoso influjo opusieron un dique á su carrera. Considerad ahora al siglo XIX. Él se levanta con toda la fuerza de la juventud, y con la gravedad que le imprimen los siglos que le coronan: marcha con un paso asegurado en la carrera de la ilustración, con todo el saber de las edades pasadas, y con toda la experiencia de las edades presentes.

En medio de tal siglo se levanta este establecimiento literario, que no debe perecer. ¡Cuán firmes son las columnas que le sostienen! ¡Cuán grandes los destinos que le esperan! Todas las universidades establecidas entre nosotros, lo fueron en los siglos casi bárbaros, ó en los de oscilación y de disputa. Este colegio nace en el siglo, que debe serlo de las luces, y en el que se hallan bastante discutidas todas las opiniones que dividieron á los filósofos, y que abrazaron las escuelas. Nuestras universidades solo aprendieron en el seno de la disputa á ergotizar: este colegio puede aprender en el siglo de la observación y la experiencia á juzgar y decidir: si aquellas mueren abrumadas de preocupaciones y oprimidas de recuerdos, este nace vestido de luz y coronado de esperanzas. Considerad, señores, los progresos del espíritu humano en la época presente. Biron hace resonar á la musa de Inglaterra con los grandes acentos de su sublime melancolía, y la hace gemir con los profundos gemidos del infortunio y del dolor. Todo es vago en sus producciones: el velo misterioso que las cubre, hace que, replegándonos sobre nosotros, contemplemos el misterio de nuestro *yo moral*: el fatalismo de las pasiones

que arrastran á sus personajes con una mano de hierro por los escollos de la vida, nos prepara á que contemplemos silenciosos cómo se huyen los límites del tiempo, y cómo se abre el abismo de la eternidad. Todo en él nos recuerda nuestra nada: todo es terrible y misterioso como el hombre: todo está velado con el velo de la naturaleza, y sellado con el sello de la contemplación. Ha pintado las pasiones que nos desgarran con su lucha, y ha enseñado á los poetas modernos cuál debe ser el objeto de sus cantos.

Walter-Scott ha descrito en sus novelas el carácter de la Escocia y las costumbres de sus padres. Él es el que mejor ha probado que la aridez de los hechos debe revestirse con el encanto de las invenciones, y que la amable sonrisa de la fábula puede hacer interesante la verdad. Ninguno ha distinguido como él por gradaciones tan insensibles los caracteres de sus personajes: ellos tienen el carácter general de su patria modificado por el particular de su siglo, que lo está también por el de su profesión: ninguno como él ha sabido confundir en un solo punto las creaciones de su fantasía y la verdad en la marcha de los acontecimientos; la idealidad de las situaciones, y la realidad de las costumbres y de los caracteres.

La Francia, que en los siglos anteriores se ha negado á seguir la marcha de la Europa en la carrera de la ilustración, empieza ya á distinguir el carácter de sus costumbres y el imperio de sus necesidades. La baronesa de Stael, superior á su siglo y á su sexo, ha sido la primera que ha sacudido el yugo de las preocupaciones. Inspirada por el génio de la Alemania, ha sido el órgano de sus sublimes acentos, y ha juzgado desde su elevación el canto solemne de la musa solitaria del Rin, y el canto risueño de la musa brillante del Cefiso. No bastando á la inmensidad de su génio el mundo literario, se lanzó en el caos tenebroso de la metafísica y de las abstracciones; y la misma que supo apreciar en su justo valor el sistema poético de Schiller, supo apreciar también el sistema metafísico de Kant. La Francia escuchó enmudecida su sentencia, y aprendió de su boca sus destinos.

¿Pero para qué recordar los grandes escritores de las naciones extranjeras? ¿Acaso no abrigo España en su seno ninguno con cuyo

nombre pueda gloriarse? ¿Ninguno que se haya trazado un camino en los campos de la originalidad? Sí: español, yo me gozo en decirlo ante españoles: el que ha sabido llenar nuestra escena con los grandes acentos de Pelayo y los gemidos de Hormesinda, no morirá jamás entre nosotros, sino muere la admiración por los talentos y el amor de las virtudes. Y tú, Quintana, si llegan hasta tí las razones que se despiden de mis labios, perdona la osadía de un jóven, que sin títulos como sin gloria, se atreve á tributar el homenaje debido á la grandeza de tu génio inspirado por la grandeza de tu corazón. El drama heroico es obra tuya: las vidas de los varones que ilustraron nuestra patria, obra tuya también: tú solo eres digno de pintar las acciones que los immortalizan, porque tú solo eres digno de sentir su grandeza y su sublimidad.

Todo, señores, respira el aura de la felicidad en derredor de este colegio: los siglos que pasaron, reclinan sobre él su frente para enriquecerle con sus tesoros: el siglo en que nace, le señala con el dedo la carrera de la perfección: los grandes escritores que le rodean, le ofrecen sus páginas, que la mano del tiempo no borraré jamás. Aun la naturaleza, que esquivó siempre las miradas de los hombres, cediendo á la fuerza irresistible del destino, ha abierto ya su seno entre sus manos; y las ciencias naturales, casi desconocidas en los siglos anteriores, brillan en este con todo su esplendor.

¿Y á quién debéis, estremeños, la felicidad que se prepara á vuestros hijos? Vuestro dedo señala á este nobilísimo ayuntamiento, y á este superior y dignísimo tribunal como á vuestros protectores. Ellos, no considerando bastante agoviadas todavía sus venerables frentes con la inmensidad de su cargo y con el ejercicio severo de sus funciones, elevan hasta el trono sus ardientes súplicas, que llegan hasta el corazón paternal de nuestro augusto soberano. ¡Monarca grande y generoso! Tú oíste sus plegarias; y lanzándose de tu boca el sí que estaba grabado en lo hondo de tu pecho, se lanzaron con él mil torrentes de felicidad y de ventura.

¿Y sobre qué provincia se lanzaron? Considerad conmigo, señores, el espectáculo grandioso de una provincia, que hija salvaje de la naturaleza, sale de su seno coronada de virtudes, para entrar

coronada de pompa y de laureles en el seno de la ilustracion. Ella reúne á la firmeza y gravedad de los pueblos del Norte la imaginacion brillante y lujosa de los pueblos del Mediodia : ella no está ilustrada , pero ni envilecida en sus costumbres : y si el saber está lejos de la ignorancia , está mas lejos todavía de la prostitucion. Si la provincia magnánima y heroica que estendió su nombre y el imperio de sus reyes desde las feraces márgenes del Betis hasta los lugares en que mece su cuna el Orinoco, haciendo lucir el brillo funesto de sus armas en la frente del esclavo americano, volará tambien en alas de su genio al templo de la gloria, y arrancará las palmas que le cercan. Las manos que blandieron la espada centelleante de Cortés, podrán tambien rodar sobre la lira de Melendez.

¡Estremeños! yo no ceso de admiraros: la grandeza está pintada en vuestras frentes, y en vuestras facciones se dibuja la heroicidad de vuestros padres. Ya no teneis que mendigar de la piedad estrangera la llama que debe encender vuestro talento : ya los hijos afortunados del Tormes y del Bétis no mirarán con una mirada desdeñosa á los hijos incultos del Guadiana : ellos verán que el genio brilla tambien en sus llanuras, y se ostenta mas grande en sus arenas. Postraos, y bañando vuestras mejillas con lágrimas de gratitud, pedid al cielo por la vida de vuestro generoso monarca, y sed felices en el seno de la ilustracion que con mano pródiga os dispensa : él tiene grabada en lo hondo de su pecho esta máxima digna de Tito y de Trajano : « La felicidad de los pueblos es el floron mas digno de » la corona de los reyes. »

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA DIPLOMACIA,

Y SU INFLUENCIA EN EL ESTADO POLÍTICO Y SOCIAL DE EUROPA, DESDE LA REVOLUCION DE JULIO HASTA EL TRATADO DE LA CUADRUPLE ALIANZA.